



RAREZAS

Fernando de C. era un joven pulcro, elegante, de fino y distinguido aspecto, que sin haber nacido en aristocrática cuna, mas tenia de conde ó de marqués, que de simple individuo de la clase media.

Siendo hombre de ánimo esforzado y dispuesto á no rehusar ataque de nadie, aunque tal propósito iba unido á una esquisita prudencia que le hacia apreciable en su trato, quiso, y así lo verificó, hacerse diestro en el manejo de las armas, á cuyo efecto no vaciló un momento en frecuentar la mejor academia de esgrima de la Corte, donde en bien poco tiempo sonaba su nombre como el del mas apuesto tirador, que contaba en su hoja de servicios el triunfo de los mas empeñados asaltos.

Nuestro amigo, que lo era y bastante, Fernando, tenia ciertas rarezas; mas bien achaques ó debilidades, segun quiera llamarse, y entre las mas remarcables figuraba la singular mania de no poder usar prenda alguna de ropa blanca que tuviese el mas pequeño deterioro; aunque fuese de aquellos que no salen á la vista.

Cierta noche del año 1862 saliamos juntos, como de costumbre, despues de comer, y cogidos del brazo pasamos desde la Carrera de San Gerónimo, en que estaba nuestra fonda, á la calle de Alcalá, atravesando la de Sevilla. En el final de esta existe una pequeña esplanada que es centro de curiosos, desocupados y de cesantes. Allí nos paramos un momento, para no perder la costumbre, y entonces Fernando me interrogó diciéndome:

—Chico qué hacemos? ¿Te parece que vayamos al teatro del Circo, donde esta noche se estrena la zarzuela bufa «La Gran Duquesa de Gerolstein», á la cual Arderius ha dado un extraordinario hombo?

—Vamos donde quieras, contesté, y diciendo esto echamos á andar, descendiendo por la anchurosa calle de Alcalá del Rey, en donde se encontraba el antiguo coliseo que despues ha sido pasto de las llamas.

Un estreno en Madrid ha sido siempre un acontecimiento para el cual se dan cita artistas, críticos y curiosos; cuyos boisillos se estaban explotando á las mil maravillas, por unos entes de corte especial en sus tipos, llamados revendedores. Uno se nos presentó, y con localidades por el doble de su precio, penetramos en el remendado teatro, mezcla de circo y coliseo, con cuyo incendio creo que ha ganado el buen ornato arquitectónico.

Como la función habia empezado, nosotros atravesamos las filas de butacas con la mayor velocidad para no molestar al público, y menos ser blanco de las miradas, y debido á esto, Fernando, distraido, se dejó caer en su butaca, apabullando un lustroso sombrero de copa que su vecino de localidad, mas distraido todavía, no retiró oportunamente; mi amigo, apercebido del cuerpo extraño que le impedía tomar cómoda postura, aunque ignorando lo que pudiera ser, se levanta y el dueño del improvisado *etac*, todo convulso, comienza la desairada operacion de subir la copa con el puño, empujando por el interior, faena que en mas de cuatro observadores produjo maliciosa hilaridad.

Nuestro amigo, fino antes que nada, se apresuró á pedir mil perdones, pero Carlos H., que así se llamaba el sujeto dueño del sombrero *apabullado*, no se dió por satisfecho, y hubo de pronunciar palabras inconvenientes, que hicieron necesario el cambio de targetas, dando lugar por cosa tan sencilla á que se concertara un desafio.

No quiero entrar en los detalles de las conferencias celebradas por los padrinos de una y otra parte, entre los cuales y á mi pesar, tuve que comprenderme: bástele saber á nuestras lectoras ó lectores, que los mas grandes esfuerzos fueron inútiles para impedirlo, acordándose que fuera á sable.

A los cuatro dias del suceso que acabamos de referir un carruaje arrastrado por dos caballos, marchaba al romper el dia con direccion á la dehesa de los Carabancheles, donde el duelo habia de tener lugar. Llegados al sitio donde ya nos esperaba Carlos H. y despues de los naturales saludos y reconocimiento de las armas, cada uno ocupó su puesto y sonó la voz «en guardia», con que debia empezar la lucha. De repente nuestro amigo Fernando C. que antes estaba poseido de la mas original sangre fria, se le vé palidecer, suelta el sable y con entrecortadas palabras suplica á todos que se suspenda el desafio por veinte y cuatro horas, así como tambien ruega que suspendan todo juicio hasta que dé aclaraciones, encareciendo que le permitan retirarse.

¿Qué podia ser causa de conducta tan estraña y susceptible de interpretarse como un acto, hijo de vergonzosa cobardía? ¿Qué temores asaltaron á Fernando, acostumbrado á tales lances y con la confianza del que es diestro en el manejo de las armas?

Pero vamos á los hechos. Fernando se retiró á Madrid y solo, despues de empeñar su palabra de honor de asistir al dia siguiente al mismo sitio y á la misma hora. Yo no quise ni acompañarle, porque no se creyese que se trataba de una indigna trama, y uniéndome á los padrinos adversarios resolvimos quedarnos en Carabanchel y allí esperar el nuevo dia.

Acabando estabamos de almorzar y cada cual comentando á su manera el hecho tan estraño de la mañana, cuando la dueña de la casa nos anunció la llegada de un propio de Madrid con una carta importante para nosotros. Abierta la carta decia así: «Mis queridos amigos: supongo que habreis suspendido vuestro juicio sin atribuir á cobardía un hecho que tiene bien fácil explicacion: os debo la aclaracion de mi conducta que es hija de lo que paso á referir. En el momento de poner las piernas en flexion para la guardia, sentí una cosa rasposa por la rodilla derecha que al punto comprendi lo que pudiera ser: la precipitacion al vestirme por la mañana me hizo por mala estrella no examinar minuciosamente los calzoncillos que me ponía: me aterroricé de que herido ó muerto en el duelo, pudiese ser objeto de lástima ó de sátira por alguien que tuviese que desnudarme: ¿sabeis por qué amigos míos? Porque llevaba unos calzoncillos que por una rodilla *estaban zurcidos*».

Una estrepitosa carcajada resonó en la habitacion en que nos encontrábamos, ante semejante rareza.

Al dia siguiente tuvo efecto el desafio que produjo dos resultados: de una parte Carlos H. que fué herido, el lamentar seguramente que todos los calzoncillos de mi amigo no hubiesen estado zurcidos, y de otra que uno de los padrinos ande desde hace diez años buscando antecedentes genealógicos para averiguar si Fernando C. por lo esceptico es originario de algun flemático inglés.

NOARIMA.

X.

V

Llegamos á Madrid en plena estacion de invierno. Los teatros abrian sus puertas, y por doquiera no se oía hablar mas que de saraos, fiestas y reuniones, comentándose hasta los menores detalles de los bailes que se preparaban en los palacios mas aristocráticos, y los trages y trenes que lucirían las damas mas encopetadas.

Ernesto se sintió arrastrado por el vértigo que fascinaba á la buena sociedad madrileña, y quiso que me exhibiera con él en teatros y tertulias. En su animacion me obligó á consultar con modistas y sombrereras, y mi domicilio se veía lleno de sedas, rasos y terciopelos, de plumas, gasas y encajes; y aunque hubiera deseado permanecer en mi casa, como en los inviernos anteriores, leyendo algun ameno libro ó repasando algun trozo de música, Ernesto prefería la bulliciosa animacion del hogar ageno á la apacible tranquilidad del nuestro; y yo me plegaba dócilmente á su capricho, porque sabía que la mejor manera de conservar la calma y la tranquilidad en el matrimonio, es que haya siempre uno que ceda.

Por eso cedia yo; y cedia poniendo buena cara y sin manifestar disgusto por no ver realizado mi bello ideal: cedia, y cedia con la sonrisa en los labios, para que Ernesto no creyera que me hacia violencia, sino que yo me prestaba gustosa á sus deseos, encontrando placer en aquella vida agitada, que me hacia correr por las mañanas de tienda en tienda, buscando las modas; al mediodia, de casa en casa, haciendo visitas; por las tardes del Retiro á la Castellana, y por las noches del teatro á la reunion y de la reunion al baile.

A donde quiera iba siempre acompañada por mi esposo, que se mostraba cada vez mas enamorado y mas amante, que gozaba en verme ataviada segun su deseo, y ponía á mi disposicion sumas cuantiosas para que *figurara como la primera* en el gran mundo que frecuentábamos.

Nuestras fortunas unidas daban una renta muy suficiente para atender á las obligaciones que nos imponía la vida elegante, y esto nos permitía presentarnos dignamente en todas partes.

Y sin embargo, yo no me encontraba satisfecha.

Aquella vida, semejante en un todo á la que habia llevado con tanto placer como entusiasmo, cuando soltera, me causaba hastío, y en medio de la mas animada reunion, no podia menos de pensar suspirando en mi casita, en aquel modesto gabinete, testigo de tantas horas de felicidad, y hoy tan abandonado.

Cuando de regreso á las altas horas de la noche, despues de haber pasado la mayor parte de ella en un animado sarao, me veía en mi cuarto donde podia entregarme libremente á mis meditaciones, me hallaba tan sola, que las lágrimas acudían á mis ojos, y sin la seguridad que me inspiraba el inmenso amor de mi esposo, del que cada dia tenia nuevas pruebas, hubiera sentido apoderarse de mi espíritu la desolacion y el abatimiento.

¿Seria quizá todo aquello una aberracion de mi carácter?—No lo sé; pero hubiera sacrificado gustosa diez años de mi vida por volver á los primeros meses de mi matrimonio: cuando Ernesto no encontraba la felicidad sino en su casa; en aquel reducido gabinetito, bien leyéndome algun ameno libro, bien dando mi leccion de francés, ó bien tocando al piano alguna de esas dulces melodías de Gounod, que tan elocuentemente hablan al alma: cuando entregada á mi labor le oía referir sus viages ó sus batallas: cuando me traducía al lenguaje vulgar todos esos grandes descubrimientos de la ciencia, que me eran completamente desconocidos ó completamente incomprensibles: cuando hablábamos de la sociedad y de sus leyes, y de las diferencias que la costumbre, y aun la naturaleza misma, han establecido entre los dos sexos, demostrándome con verdadera elocuencia cuales eran los derechos de la muger y cuales sus deberes, así como los del hombre.

Ante mí se habia desarrollado un mundo nuevo, y ya no me satisfacian los vanos placeres de la sociedad, y todas aquellas frivolidades que me habian encantado cuando soltera, empezaban á hacérseme insoportables.

Muchas de mis lectoras, la mayor parte quizas, se estrañarán de verme emplear este lenguaje, prefiriendo á las galas del mundo la vida sedentaria del hogar doméstico. Joven, rica, y poseyendo algunas de esas condiciones personales que el mundo llama belleza, no debia reducirme á los estrechos límites de la vida casera; pero póngase en mi lugar la que así piense, y comprenderá entonces mi conducta.

Casada por amor con Ernesto, que á su vez me daba las mas elocuentes pruebas de cariño, mi vida estaba de tal modo ligada á la suya, que separarme de él significaba un sacrificio. Además, yo lo habia idealizado de tal modo en mi mente y en mi corazón, que lo creía muy superior á todos los hombres, y de ahí que su compañía fuera muy suficiente á satisfacer mi existencia. Ernesto me bastaba para hacerme feliz, ¿á qué, pues, correr en busca de efimeros placeres, cuando para ello tenia que abandonar el único, grande, positivo, suficiente, que era el de su compañía?

Por fin llegó un momento en que ví realizadas mis mas ardientes ilusiones.

Un nuevo ser agitaba mi ser; una nueva vida impulsaba mi vida: mis entrañas encerraban el fruto bendecido de nuestra union.

Me fué preciso reposarme: cuando trémula y ruborizada, deposité en el oido de Ernesto la dicha que me embargaba, dispuso el mayor reposo; se decidió de comun acuerdo la calma y el sosiego, para no mortificar al ángel de paz que habia de iluminar nuestra morada: Ernesto que me amaba, no queria exponerme al menor peligro.

Cuando le oí hablar así, cogí su mano y la llevé á mis labios, humedeciéndola con mis lágrimas.

—¡Cuán bueno eres! exclamé.

MARIA DE LA PAZ.

A LOLA

SONETO

Hubo un tiempo feliz y de ventura
en que por tí mi pecho suspiraba,
y todo mi placer, mi dicha estaba
en contemplar tu célica hermosura;
me extasiaba tu acento de dulzura,
y tanto el alma mia te adoraba
que si al cielo mi vista remontaba
entre nubes te vía casta y pura.
Pero todo ilusion, todo quimera,
ardiente delirar, vana porfía...
nos separa en el mundo gran barrera,
y aunque nunca, jamás, puedes ser mia,
perdóname mujer, bella, hechicera,
si aun te amo en mi loca fantasía!

UN INTRUSO.

SIMONA

Hace muchos años, tantos que ya el Boccaccio pudo ocuparse de este asunto en su *Decameron*, vivía en una preciosa y humilde aldea de Italia, una jóven huérfana, llamada Simona.

Simona era bella como es bella la espiga de trigo; es decir, con esa belleza pálida que no todos saben apreciar, porque no todos la comprenden; porque no todos tienen el talento de estudiarla.

Una jóven de quince años, blanca, pálida, con hermosos cabellos rubios y ojos azules, rasgados y cándidos, delgada, sumamente delgada, casi con esceso, huérfana y pobre, no es fácil que sea admirada por sus paisanos. Por eso Simona vivía errante, viéndosela vagar sola por las esmaltadas campiñas y espesos bosques que rodeaban la aldea, sin que jamás ninguno de los mozos la eligiese para bailar ni le dirigiese esas frases galantes, que tanto gustan á la juventud.

Y, sin embargo, Simona vivía sin envidias ni rencores: desde pequeña se había acostumbrado á aquella situación, y la aceptaba sin murmurar y sin quejarse. En su alma no cabía la dobléz.

De repente cambió todo para Simona: la naturaleza vistió sus mejores galas, y las aves y las flores la saludaban á su paso, las unas con sus mejores trinos, las otras con sus mas delicados aromas: el sol le pareció mas brillante, el cielo mas azul y trasparente; la vida mas grata. Y era que Simona amaba con toda su alma, y se veía amada.

Paolo, el hijo único de los ricos molineros de este nombre; el mas apuesto y garrido mozo de todo el lugar, le había hablado de amor, despertando en su ser un sentimiento nuevo, que la inundaba de felicidad.

Varios meses transcurrieron en que saturados ambos por las esencias purísimas de sus primeros amores, gozaban de la vida, entre sueños de oro y celages de púrpura.

Un domingo marcharon los dos, como tenían

de costumbre, al inmediato bosque, á gozar de la soledad, tan grata á los amantes.

Sentados en la fresca yerba, con sus manos enlazadas y la mirada fija, hablaban de sus amores, olvidando el mundo entero.

Paolo alargó la mano y cogió unas florecillas rojas que nacían allí inmediatas, y adornó con ellas el cabello de su amada. Simona arrancó una y la dió á su amante, quien se la puso en la boca.

Poco despues Paolo comenzó á sentirse mal: un sudor frio inundaba su cuerpo, y cogiendo las manos de Simona las besó con frenesí, cayendo muerto sobre el cespéd, como herido del rayo.

Simona anonadada lo cogió entre sus brazos; besó frenéticamente los pálidos labios del amado de su alma; pero no lanzó un grito, no dió un quejido, ni una lágrima asomó á su pupila.

Toda la noche la pasó al lado del cadáver sin que un gesto demostrara lo que su alma sentía; y cuando en las primeras horas de la mañana fueron descubiertos por el pueblo entero que los buscaba ansioso, ni su rostro se contrajo, ni se la oyó su voz.

—Simona ha envenenado á Paolo, fué el grito unánime de todos, y la justicia tuvo que intervenir.

—Tú has envenenado á Paolo, le dijo el juez, y al oír esta palabra, su vaga mirada se detuvo en el rostro del juez, que repetía:

—Sí; tú has envenenado á Paolo.

Simona llevó sus dos manos al pecho, como para contener los latidos de su corazón, y dando un grito estridente, abrió los brazos y cayó al suelo.

Vuelta en sí, pidió hablar al juez, pidió ser llevada al bosque, y al verse en el mismo lugar donde murió su amante, cayó de rodillas, sollozando y ocultándose el rostro con las manos.

Entonces refirió toda su historia; sus amores, sus esperanzas, y al llegar al desenlace, cogió una de las rojas florecillas, y llevándola á su boca, la mascó rápidamente. Pocos momentos despues caía sin vida á los piés de sus acusadores.

Su amor la había inspirado.

NINO.

A UNA ROSA

Soneto.

Ayer en los cabellos de la hermosa
en quien cifro mi amor y mi ventura,
ostentabas tu célica hermosura
tal vez de sus encantos envidiosa.
Mi tranquila mirada fijé ansiosa
por un momento en su corola pura,
—¿Quién tú pudiera ser? con amargura
murmuré al contemplarte tan dichosa.
Hoy te miro marchita y deshojada,
ya perfume en tus hojas no se encierra,
ni en tí fija ya nadie su mirada.
Mas una voz del alma se destierra
que dice al contemplarte marchitada;
—¡Cuán cortas son las dichas de la tierra!

Osieran.

1877.

CORRESPONDENCIA



EPISODIO AMOROSO

A LA M A P

Golen

CORRESPONDENCIA

Madrid 15 de Agosto de 1878.

Mi querido amigo: al fin soy padre, y padre de una hermosa y robusta niña; blanca y rubia como un ángel del Correggio, y con unos ojos tan grandes y tan azules como los de su madre. Hoy la hemos bautizado, llamándola Trinidad: ¿te gusta el nombre?

Da la mas entusiasta enhorabuena á tu buen amigo

Rogelio.

Málaga 19 de Agosto de 1878.

Mi buen amigo: ¿que si me gusta el nombre de Trinidad?—Si, me gusta, y mucho; como que representa uno de los mas grandes y sublimes misterios de nuestra sacrosanta religion, y como que es el nombre de una muger que me gusta tanto como su nombre.

Figurate, pues, si me gustará.

En Málaga hay varias jóvenes de este nombre. Trinidad H., Trinidad S., Trinidad C.; de M... hay dos, que aun cuando el apellido empieza con la misma inicial, son diferentes; tan diferentes como que uno es puramente español y otro extranjero. Ademas hay un barrio de este nombre; barrio donde está encerrado todo el clasicismo de esta tierra; barrio donde se han refugiado las tradiciones malagueñas.

Ya ves tú si me gustará el nombre de tu hija.

Hace un año proximamente me fijé en una muger de este nombre: su aspecto me cautivó: todos me hablaban bien de ella. «Es una muger de su casa», me dijo un amigo que la trataba con cierta intimidad. Y á esta cualidad, que es perfectamente cierta, se une la de una distincion elevadísima y la de un bello carácter; es aristócrata por temperamento y elegante por naturaleza. Alta, esbelta, flexible como el junco; de amenísima conversacion y de claro ingenio.

Si la vieras como yo en el teatro, luciendo entre sus negros cabellos los acentuados tonos de una camelia roja: si la vieras como yo en las carreras de caballos, con un sombrero á lo Watteau, de prolongada pluma; si la vieras como yo en las corridas de toros, con su elegante traje de maja y su histórico *pericon*: si la vieras como yo en las sesiones del Liceo, paseando imponente la magestuosa cola de su traje de baile: si la vieras como yo calzada con diminutos zapatos de *peau dorée*, te aseguro mi querido amigo, que la amarias como yo, y sentirias tu existencia encadenada á la suya, tanto mas, cuanto que esa muger es un imposible para mi, y digo un imposible, porque la amo y la temo; la temo si, porque un desengaño seria cosa muy triste.

Ya conoces mi repugnancia por los bailes de máscaras; pues bien, este año he ido á casi todos, porque abrigaba la esperanza de encontrarla en ellos; y en efecto, la encontré en algunos, y hablamos; pero ni una esperanza; ni el mas remoto atomo de una ilusión.

Tu comprenderás todo lo *curci* que es hablar formalmente de amor á una máscara: por eso me contuve, y no le dije una palabra: temia *acamellarme*, segun una gráfica espresion de esta tierra, y preferí guardar silencio, aunque al desaparecer el Carnaval desaparecia mi última esperanza de hablarle.

Y en efecto, pasó el Carnaval, y nada la dije; y el tiempo corre, y nada la digo, y mi mayor anhelo es hablar con ella, y sin embargo, temo una conversacion, porque es muy posible que le hable de mi amor, y es muy posible que sufra un desengaño; y vivo penando, sin saber á que atenerme, porque solo sé que la quiero, y que con su amor seria feliz.

Si al menos me hubiera dado una esperanza; si al menos me hubiera alentado en mis ilusiones; pero nada: á la hora esta no sé siquiera si se ha apercibido de mis sentimientos, y es muy posible que ignore el afecto que la profeso. Esto seria horrible, verdad?

Por eso vivo luchando con la incertidumbre, y espero... y confio... ¿en que? no lo sé: en lo desconocido, en el azar, en la casualidad, en el acaso, en lo fortuito; en una mirada suya que me aliente; en un gesto, en una palabra que me anime, y que me haga decirle lo que hace tanto tiempo guardo con tenaz reserva: que la amo.

Ya ves, mi querido Rogelio, si tengo motivos para que me guste ese nombre; ese nombre que suena á mi oido como arpa eólica, y que es malagueño puro y neto.

Y ya que dejo contestada tu carta, adios; adios y recibe la enhorabuena que me pides, que hago extensiva á Emilia: adios otra vez, y compadece á tu pobre amigo.

RALPH.

EPISODIO AMOROSO

Era una noche del florido Mayo;
el astro halagador de todo amante
acarició con tembloroso rayo
á un tenaz paseante:
de entreabierto balcon las vidrieras
dieron paso á una jóven elegante,
de formas hechiceras,
que con pañuelo fino y oloroso
recataba el semblante;
y esto escuchó un curioso:

—¿Qué tienes? ¿qué te aqueja, Laura mia?
¿Por qué con insistencia
me ocultas tus bellísimas facciones
que son mi único encanto y mi alegría?

Cayó el cendal y su esparcida esencia
aumentó del doncel las ilusiones
quien lo besó al cogerlo, con vehemencia.

—Julio; no será nada,
mas la opresion que siento es un martirio;
anoche me agitaba en mi desvelo;
ardía mi cerebro en la almohada;
sentí como un delirio ..

—Lo que revela el húmedo pañuelo
es que estás... resfriada!

Uno.

LA VENGANZA DE UN SASTRE

(HISTÓRICO)

Mi amigo Antonio es un joven residente hoy en Málaga y á quien muchas de mis lectoras conocerán, pues se halla en todas partes y cuenta en el bello sexo con numerosas simpatías.

Antonio es rico, pero sin embargo, tiene, ó tenía, mejor dicho, la mala costumbre de no pagar ninguna de sus deudas, lo cual le ha procurado mas de un escándalo público, en que hacia el papel de víctima, y mas de un disgusto de esos que vulgarmente se llaman «de padre y muy señor mio».

Siguiendo en su propósito, hace algun tiempo, encargó á un sastre de los mas acreditados en la localidad un frac y su chaleco correspondiente.

El encargo quedó hecho y la cuenta, á pesar de las visitas semanales que hacia el asiduo industrial á mi cumplido compañero, permanecía aun bajo la tutela del cobrador á quien ya tenia desesperado.

Llegó el Carnaval, y Antonio elegantemente vestido se presentó en los salones del Liceo, estrenando las bien confeccionadas prendas, causas de esta aventura.

El sastre aunque viejo y casado con una mujer muy guapa por cierto, era tambien aficionado á bailes, se hallaba allí y contempló á su joven parroquiano luciendo los frutos de su trabajo, y cuyo importe habia perdido la esperanza de cobrar.

El buen hombre quiso vengarse, y con admirable calma, cuando Antonio empezaba á bailar un rigodon con cierta linda máscara, disfrazada de colegial, colocó en su espalda un cartelón donde en letras grandes se leía:

NO HE PAGADO TODAVIA EL FRAC.

Un amigo noticioso del hecho le avisó á la infeliz víctima y quitó instantáneamente de sus espaldas el vergonzoso cartel, pero era tarde, pues la mayoría de las máscaras se habian apercebido, y tuvieron un buen tema con que fastidiar al desdichado joven en los bailes siguientes.

El dia despues del suceso, Antonio, temeroso de una nueva venganza, envió al indiscreto sastre el importe de la cuentecita, y una insultante targeta, que gracias á la mediacion de varios amigos, no tuvo fatales consecuencias.

Desde aquel dia, Antonio paga todas sus cuentas inmediatamente á su presentacion y con una religiosidad admirable.

A todas horas le oigo exclamar, recordando aquella deuda tan oportunamente vengada.

—¡No mas ingleses! ¡No mas ingleses!

ZAID.

RIMA

Sobre mi corazon puse la mano
y así le pregunté:

—¿Me engaña la muger á quien adoro?

¿Es cierto su querer?

Calló mi corazon.—A mi pregunta
no quiso responderme.
Acaso sospechó que su respuesta
me causaría la muerte.

ZAID.

UN DISCÍPULO DE BACO

Cuentan que al suelo cayó
un borracho destemplado,
y cuando habia arrojado
todo el néctar que bebió;
un perro que se acercó
le lamió cara y cogote,
pero creyendo el muy zote
que era algun barbero diestro,
dijole al lebel:—Maestro
que me deje usted el bigote.

J. M.

PASATIEMPO

Soluciones á las charadas insertas en el número anterior.

1.^a

MALAGA

2.^a

SEMANARIO

3.^a

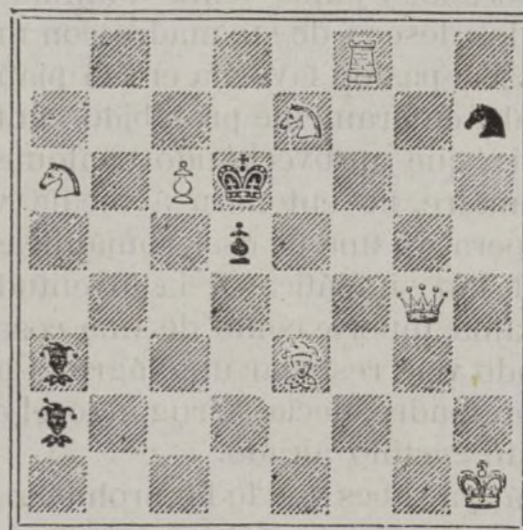
ILUSTRADO

AJEDRÉZ

Problema número 6.

Por M. F. Healey.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan mate en dos jugadas.

SOLUCIONES

Al problema número 5.

BLANCAS.

NEGRAS.

1-C 6 C D

1-ad libitum.

2-D T ó C mate.

AUREA

NOVELA POR C.

(Continuación.)

También pasamos al edificio que ocupó la Inquisición—hoy cárcel—desde cuyas torres contemplamos los pintorescos jardines de la Sultana, y la fértil vega bañada en toda su extensión por el manso Guadalquivir: fuimos al Museo donde admiramos las principales copias y originales de nuestros pintores: estuvimos, en fin, en todos los sitios más notables que encierra la antigua ciudad de los Califas.

Tal fué nuestra vida por espacio de cinco días; cinco días inolvidables para mí, porque cada uno de ellos fué un álbum donde escribí mis más gratos recuerdos.

Esta detención dió lugar á una intimidad que cada vez se iba estrechando más y más, hasta fundar una verdadera amistad.

En la tarde del cuarto día nos pusimos en marcha para Málaga, á cuya ciudad llegamos aquella misma noche.

Los primeros días de nuestra estancia en Málaga, pueblo que les era enteramente desconocido, dió lugar nuevamente á una multitud de pequeños favores, sin importancia, pero que fueron bastantes para cimentar nuestra naciente amistad, haciendo al mismo tiempo que se manifestaran abiertamente nuestros caracteres.

La madre era una señora joven; apenas si contaba treinta años, aun cuando representaba algunos más, á causa de sus amargas penas y rudos sinsabores, que más adelante te referiré. Debía haber sido hermosa, pues todavía conservaba su rostro restos de belleza, bastante notables. Aurea era lindísima; de una belleza tenue: era de un carácter dulce y apocado, y jamás tenía voluntad propia: se plegaba á los deseos de su madre con una bondad admirable. Su pasión favorita era el piano, y aunque le estaba enteramente prohibido cantar, no pasaba un día, que aprovechando cualquiera ausencia de la madre, no entonara á media voz ya un trozo de ópera, ya una de esas románticas melodías de Gounod, tan simpáticas á la juventud. Hablaba de su próxima muerte como de una cosa convenida, y cuando veía resbalar una lágrima por las mejillas de su madre, decía, arrugando el entrecejo y poniendo un gestillo airado.

—Mamá, ya sabes que te he prohibido llorar.

La madre la abrazaba sonriendo, y contenía sus lágrimas.

—Sin ella, ya me hubiera muerto, me decían la una y la otra, resguardándose mutuamente para confesarme su cariño; y yo las comprendía perfectamente, porque ambas se necesitaban. Eran dos seres privilegiados á quienes había unido el destino y que se completaban. Mi vida se había ido ligando insensiblemente á ellas y yo venía á formar parte integrante de aquella familia. Les había demostrado

afecto, y esto bastaba, para que ellas me lo devolvieran á su vez.

Uno de los días que fui á visitarlas como de costumbre, aprovechó la madre la oportunidad de estar descansando Aurea, y me tuvo este lenguaje.

—Aun no he explicado á V. mi querido Eduardo, el objeto de nuestro viaje á esta capital. Hoy voy á hacerlo, tanto para que no estrañe V. mi silencio cuanto para que me auxilie en los propósitos y objeto que me traen á Málaga.

Mi Aurea, como V. habrá observado, continuó diciendo la buena señora con un suspiro, padece una afección al pecho, que me tiene sumamente atemorizada por las funestas consecuencias que puede tener, si Dios no lo remedia. La han visitado los mejores facultativos de Madrid y todos han estado conformes en mandarla cambiar de clima, señalándome algunos como una especialidad para estas enfermedades el pueblo de Ronda, situado en la serranía de este nombre, y en el que se disfruta de una temperatura sana y de aires purísimos.

Ahora bien, V. que debe conocer esa ciudad y sus medios de comunicación, puede ilustrarme, y á V. recurro para que nos auxilie, haciendo más fácil el viaje.

Dispénsame V. querido amigo, las molestias que le causo, pero V. comprenderá el trance en que me encuentro, y la inmensa desesperación que se apodera de mí cuando pienso en que puedo perder á mi Aurea. ¡Esta idea me hace estremecer!

—Tranquílcese V. señora; la respondí con afecto; no creo que la enfermedad se halle tan adelantada, que represente un peligro inmediato, y verá V. como rodeándola de infinitos cuidados y atenciones conseguimos verla restablecida de un todo, y en plazo breve.

Por lo demás no la han engañado á V. al darle tan favorables noticias de Ronda, y más de un enfermo ha encontrado en su clima la salud que le faltaba.

Yo me pongo desde luego á sus órdenes para ese viaje, y para cuanto pueda necesitar, y no tema V. nunca abusar, pues crea V. que tengo una verdadera satisfacción en poderles ser útil.

Por este tema siguió nuestra conversación, quedando yo encargado de todos los preliminares del viaje, y ofreciendo acompañarlas para evitarles los disgustos inherentes á un viaje de índole tan especial.

V

Cuando me despedí de ellas y me ví en la calle respiré más libremente, porque ya veía aclarado uno de los misterios que tanto me preocupaban: venían á Ronda en busca de salud.

Aquella noticia me quitaba del corazón un peso enorme; porque tal es la triste condición humana: á pesar del afecto y de las simpatías que habían despertado en mí, y á pesar de que mi corazón y mi carácter se inclinaban al bien, había en mi alma un recóndito temor de que no fueran lo que debían ser; mejor dicho, lo que yo querían que fuesen.

(Continuará.)



M A L A G A

SEMANARIO ILUSTRADO

Ayuntamiento de Madrid

